

El Dios crucificado versus el mal del mundo

German R. Rosa Borjas, S.J.

Desde la fe cristiana, el problema del mal puede ser abordado desde distintas perspectivas. De suyo, el mal es un problema que se confronta con la misma realidad de Dios, pues no se puede pensar que Dios y el mal convivan tranquilamente, sin crear conflicto, ni cohabitar pasivamente. En lenguaje popular se puede decir que Dios y el mal no pueden estar juntos en la misma casa...

La pasión y la cruz nos dan la perspectiva que nos posiciona en el gozne del conflicto que existe del mal frente a Dios. Analicemos lo que implica esta realidad.

1. El Dios de Jesús versus el mal del mundo

El título de nuestro artículo está planteado en términos dialécticos. Pues normalmente al cuestionarnos sobre el problema del mal, expresamos la realidad de Dios y el mal como objeto de reflexión o como impedimento para aceptar o cuestionar a Dios mismo. Sin embargo, formular el tema expresado en términos de Dios y el mal, podría dar lugar a pensar que Dios está unido al problema del mal, cuando en realidad, el problema del mal es dialécticamente excluyente con la realidad divina o Dios mismo.

Dios es sumo bien en sí mismo; por lo tanto, el mal es toda acción, toda realidad, todo lo que se opone radicalmente al bien; en consecuencia, el mal es negación de Dios, de todo lo bueno y lo que Dios ha creado bueno. El mal en definitiva es el no conocimiento y la negación práctica de la bondad y la ternura de Dios.

El Diccionario de la Lengua Española (RAE), define el bien como lo debido y adecuado, lo sano y lo que da felicidad, lo positivo, lo benéfico y útil, etc. Desde la perspectiva contraria, el mal

es lo ilícito y deshonesto, el daño u ofensa que uno recibe, una desgracia o calamidad, una enfermedad o dolencia, etc.¹

Una de las cosas más grandes que podemos decir del Dios de Jesús es que es bueno y su bondad se expresa en la historia de la salvación de manera clara y contundente. La bondad infinita de Dios aparece desde el hecho fundante del Éxodo hasta la encarnación de Dios en Jesús de Nazaret que se muestra compasivo y al mismo tiempo liberador del mal. La bondad de Dios está plasmada en la tradición de los profetas que constituyeron en eje central de su predicación la llamada de Dios a colaborar con Él en la lucha contra el sufrimiento y la marginación, a favor del huérfano y la viuda, y que se revela en Jesucristo dando de comer al hambriento, perdonando a los pecadores, curando a los enfermos, expulsando demonios, etc.² Dios en sí mismo es una realidad radicalmente buena; en cambio el mal es una realidad radicalmente negativa: es todo lo que niega el valor del bien o lo bueno. Si Dios es principio y fundamento del bien, es dialécticamente imposible que pueda engendrar el mal, pues es contrario y excluyente a su propia realidad divina. El bien no engendra el mal, ni el mal puede engendrar el bien. Dicho de otra manera, el bien y el mal se excluyen mutuamente. Solo existe el bien si se supera el mal, solamente prevalece el mal si se impone al bien.³ De ahí que el problema lo planteamos en esa lucha duélica y dialéctica de Dios versus el mal real del mundo.

2. El mal disfrazado *sub angelo lucis*: cuando el mal se reviste con apariencia de bien

Sin embargo, el mal puede convertirse en una tentación revestida de bien. El mal puede revestirse bajo capa de ángel de luz, que puede atraer, seducir, tal como lo expresa Paul Ricoeur: el ser humano no es pura bondad natural, sino que es capaz de ser tentado por el bien o por el mal.⁴ La seducción del mal se

¹ Cfr. Juan Antonio Estrada, "El mal y la creencia en Dios", en *Misterio del mal y fe cristiana*, Edita Tirant Humanidades, Valencia, 2012, pp. 69-70.

² Cfr. Andrés Torres Queiruga, "La inevitable y posible teodicea", en *Revista Iglesia Viva*, 225, Valencia, enero-marzo 2006, p. 24.

³ Cfr. José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo, K - P*, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 2001, p. 2,258.

⁴ Cfr. Juan Antonio Estrada, "El mal y la creencia en Dios", en *Misterio del mal y fe cristiana*, Edita Tirant Humanidades, *Op. cit.*, p. 71.

muestra prometiéndole al ser humano la felicidad, el poder y el sentido (Gn 3,5-6), pero al mismo tiempo se lo imposibilita. Pero ante esta seducción del enigma del mal que pretende convencernos de su prevalencia sobre el bien, conviene recordar el planteamiento de Emmanuel Kant al tratar el problema del *Mal radical*, en el cual expresa que hay un predominio del bien sobre el mal: "Predominio no sólo metafísico y moral, sino también psíquico, en cuanto sólo una convicción efectiva y permanente de que el bien prevalece sobre el mal nos puede mantener en la brecha".⁵

Paul Ricoeur además sostiene, que el mal resulta intolerable y escandaloso cuando afecta al hombre justo, pero es mucho más enigmático aún, que éste buscando el bien, produzca el mal.⁶ Por ejemplo, el asistencialismo puede resultar una respuesta inmediata para enfrentar el problema de la pobreza y la mendicidad; sin embargo, genera más dependencia y subdesarrollo, pues no se atacan las causas que provocan tal estado de pobreza y miseria. Por eso, es fundamental el discernimiento ponderando las consecuencias de las acciones humanas. Si el mal destruye la realidad humana tanto física como moralmente, hay que identificarlo para no hacerlo. No obstante, el mal se presentará siempre con la argucia que triunfa sobre el bien.⁷ O en el caso contrario, la ambigüedad de quien busca hacer el bien puede resultar que está contribuyendo a hacer el mal.

Juan Antonio Estrada nos dice al respecto:

*El bien es un concepto amplio y polisémico, derivado del latín (bonum) y del griego (agazón), que implica un juicio de valor y una realidad ontológica, positiva, valiosa y con sentido. Es un concepto vinculado al del mal, lo malo, como su opuesto, que también abarca valoraciones y realidades. El bien y el mal tienen siempre una referencia subjetiva, ya que el sujeto evalúa algo y lo califica de bueno o malo.*⁸

⁵ Adolphe Gesché, "La Teología de la Liberación y el mal", en revista *Selecciones de Teología*, Vol.33, N° 130, Barcelona, Abril-Junio 1994, pp. 92-93.

⁶ Cfr. Christian Duquoc, "El mal, enigma del bien", en *Revista Selecciones de Teología*, N° 118, Vol. 30, Barcelona, Abril-Junio 1991, pp. 84-85.

⁷ Cfr. Juan Antonio Estrada, "El mal y la creencia en Dios", en *Misterio del mal y fe cristiana*, Edita Tirant Humanidades, *Op. cit.*, p. 71.

⁸ *Ibidem.*, p. 69.

El autoengaño es la falacia más grande, porque muchas veces nos convencemos que las opciones que nos presenta el mal son las mejores. Muchas veces elegimos hacer el mal, porque estamos convencidos que es lo bueno y lo correcto.

Dios en sí mismo es una realidad buena; esto implica que es un valor fundamental y fundante para quienes creemos en Él; no así el mal que es un antivalor o valor negativo en sí mismo. Muchas veces, las posibilidades que nos ofrece la realidad, nos presentan el mal como apariencia de bien, “un velo que impide la visión del bien”.⁹

3. La paradoja del aparente triunfo del mal en la historia frente al Dios crucificado

Lo más escandaloso en esta lucha dialéctica y duélica de Dios versus el mal no es el poder del mal en la historia; esto no lo podemos negar, sino que Dios se oculta en las víctimas del mal, y lo más desconcertante es precisamente que Dios está presente donde parece estar más ausente y está también padeciendo en el rostro de las personas, comunidades, pueblos enteros crucificados por el mal.¹⁰ Jon Sobrino, expresa que “las víctimas se convierten en *mystagogía* en el *mysterium iniquitatis*, hoy trágicamente necesaria, como necesaria es, reconocidamente, la *mystagogía* en el *mysterium salutis*”¹¹.

La paradoja del aparente éxito del mal en la historia es precisamente que donde se muestra su fuerza con tanto ímpetu, ahí hay densidad de la resistencia de Dios que lo asume, superándolo con la fuerza del aparente fracaso de la cruz, pues solo desde ahí se redime el mal de la humanidad, la creación y la historia. El poder de Dios no se muestra escandalosamente extirpando de forma definitiva el mal de la historia, sino resistiendo, soportando, acompañando a las víctimas provocadas por éste. En lo oculto del misterio inexplorable del mal, ahí Dios es Víctima que sufre, padece el mal, pero al mismo tiempo, lo vence. En la medida que paradójicamente triunfa

⁹ José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo, K - P*, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 2001, p. 2,256.

¹⁰ Cfr. Alexander Nava, “El misterio del mal y el ocultamiento de Dios. Reflexiones acerca de Simone Weil”, en la revista *Concilium*, N° 274, Editorial Verbo Divino, Navarra, Febrero 1998, p. 107.

¹¹ Jon Sobrino, “El mal y la esperanza. Reflexión desde las víctimas”, en *Revista ECA*, UCA, San Salvador, El Salvador, 565-566, Noviembre-diciembre 1995, p. 1083.

el mal, hay mayor resistencia y florece la bondad de Dios. Pues Dios se revela más genuinamente en la cruz, la negatividad, el conflicto y el dolor de la humanidad y de la creación.¹² La verdadera divinidad resplandece en la plena humanidad de Jesús en la cruz.

La respuesta de Dios al cuestionamiento del mal y el pecado en la historia es el rostro desfigurado de su Hijo “crucificado por nosotros”. Así lo plantea René Latourelle:

*El encuentro con ese rostro es la respuesta más decisiva y desconcertante al problema del mal. Sin la cruz, Dios se queda en un lado y nosotros en otro. Pero, por la cruz, Dios se pone del lado de las víctimas, de los torturados, de los oprimidos, de los degradados.*¹³

La cruz es la expresión realista de la plena encarnación de Dios en la historia; además, también de su renuncia a la seducción de la búsqueda insaciable de la pretendida absolutez del bien, negando todo principio de realidad.

Así lo expresa el teólogo Christian Duquoc: “El sentido definitivo de la Cruz como adiós definitivo consiste en que Jesús ha renunciado a la fascinación del bien, a una actuación que por su absolutez eliminaría la condición humana”.¹⁴ La gran tentación de la fascinación del bien absoluto en la historia es acabar con el mal de la humanidad en la historia de una vez para siempre. Sin embargo, la renuncia de Jesús al bien absoluto, pasa por asumir el carácter precario del bien en la vida humana. Esto es parte de la identidad de Jesús. Así lo dice Duquoc:

*Para el enviado de Dios, entrar en la condición humana es decir adiós a su modo de ser (Flp 2,6-8). Visto así, la Cruz no aparece ligada, antes que nada, a la vorágine del mal; puede ser primariamente la acusación o la burla de la fascinación del bien.*¹⁵

¹² Cfr. Alexander Nava, “El misterio del mal y el ocultamiento de Dios. Reflexiones acerca de Simone Weil”, en la revista Concilium, N° 274, Editorial Verbo Divino, Navarra, Op. cit., p. 108.

¹³ René Latourelle y Rino Fisichella, *Diccionario de Teología Fundamental*, Editorial San Pablo, Madrid, 1992, p. 854.

¹⁴ Christian Duquoc, “El mal, enigma del bien”, en Revista Selecciones de Teología, N° 118, Vol. 30, Barcelona, Op. cit., p. 88.

¹⁵ *Ibidem.*, p. 88.

El cristianismo tiene un Dios vulnerable, un Dios que muere víctima del mal, de la injusticia, del pecado, pero este adiós al Dios implacable y todopoderoso que se impone al mal, es parte constitutiva de la idiosincrasia de nuestra fe cristiana. El adiós definitivo a la pretendida absolutez del bien, a la fascinación del bien, tiene carácter profético.¹⁶ Pues la encarnación de Dios es plena, asumiendo las limitaciones y la finitud de la historia. El mal estará presente hasta el final de la historia. No olvidemos la parábola del trigo y la cizaña, que ambas están en el mismo campo y todavía no ha llegado el tiempo de la cosecha (Mt 13,24-30).

La realidad histórica es finita y contingente; esto implica desde la perspectiva de nuestro tema, que el bien y el mal son dimensiones concomitantes: éste último será superado de manera definitiva hasta más allá de la historia. Las victorias reales y objetivas del bien son importantes, pero no podemos ignorar que están siempre amenazadas por el mal.

4. Los rostros de las víctimas del mal del mundo

Desde esta perspectiva, cuando nos confrontamos con el problema del mal no lo hacemos como un ejercicio intelectual. Lo hacemos desde la realidad existencial, personal y social en donde Dios se hace presente en lo oculto y en las víctimas.

Los rostros de las víctimas del mal son múltiples. Por ejemplo, las causadas por terremotos, inundaciones, hecatombes nucleares, el sida, el cáncer, el hambre, las consecuencias de las enfermedades congénitas o la peste misma, la explotación, los salarios de hambre, el maltrato y abuso de la mujer, el abuso de menores, las guerras, el narcotráfico, las extorsiones, etc. En el gran mal de la guerra están involucrados actualmente unos 300,000 niños soldados combatientes en los conflictos activos.¹⁷

Otras expresiones del mal son: la crueldad de la tortura, el exterminio masivo, la pena de muerte. Este mal está respaldado por las legislaciones en los países que la aplican; entre los países que más ejecuciones llevan a cabo destacan:

¹⁶ Cfr. *Ibídem.*, p. 88.

¹⁷ Cfr. Ma. Ángeles López, "El rostro del mal hoy", en *Misterio del mal y fe cristiana*, Editado por Tirant Humanidades, Valencia, 2012, p.30.

*Arabia Saudita, China, Estados Unidos (¡Estados Unidos!), Irán y Yemen, vulnerando en algunos casos de forma flagrante las normas internacionales de derechos humanos. Pero entre todos ellos destaca especialmente el civilizado Japón; junto a las lecciones de buen comportamiento que nos ha regalado tras el tsunami, conserva un sistema jurídico que permite la crueldad de someter durante años a una persona sentenciada a muerte a la ignorancia de cuándo morirá.*¹⁸

Podemos diferenciar distintos tipos de males. Por un lado, está **el mal natural o físico**, que provoca el dolor, el sufrimiento de personas afectadas por enfermedades crónicas, destrucciones ecológicas producto de la misma naturaleza. Tal como lo expresa Juan Antonio Estrada:

*Abruma la cantidad de sufrimiento acumulado en la historia, en el que se juntan las catástrofes naturales, las enfermedades y el dolor causado por el hombre. Parece como si la misma evolución natural y el progreso de la historia no pudiera darse sin una buena dosis de sufrimiento. El desgaste progresivo, corporal y espiritual, así como la precariedad y vulnerabilidad de la salud constituyen dimensiones fundamentales de la vida y recuerdan que la muerte es el término de un proceso vital.*¹⁹

Por otro lado está **el mal moral generado en la historia y en la sociedad**: es el mal de la violencia, de la injusticia, de la explotación, la dominación, del pecado, etc. Los grandes imperios se construyen sobre los hombros de los pueblos oprimidos.²⁰

Leibniz habla del mal metafísico para referirse a ambos tipos de males, el físico y moral. Kant hace referencia al mal radical entendido como la capacidad de sustraerse a los dictados de la razón y dejarse llevar por las pasiones, mostrando así la irracionalidad del mal mismo. Camus nos confronta con la desesperación que puede provocar la experiencia misma del mal, el sin sentido que nos puede empujar al abismo del suicidio, cuando no se quiere vivir, porque la vida se ha convertido en un infierno, sea cual

¹⁸ *Ibídem.*, p.36.

¹⁹ Juan Antonio Estrada, "De la teodicea a la esperanza", en Revista Iglesia Viva, 225, Valencia, enero-marzo 2006, p. 33.

²⁰ *Cfr. Ibídem.*, p. 34.

sea la causa concreta; de esta manera, el mal se convierte en un existencial.²¹ Desde la experiencia dramática de la desesperación, la vida deja de apreciarse como un don, convirtiéndose en una carga insoportable, y la muerte se acepta como la fuga, la solución al problema. En definitiva, el mal produce víctimas, engendra violencia y también la muerte.

5. Job: el rostro del justo sufriente en la Antigua Alianza²²

El drama de Job nos sitúa ante el problema real de la injusticia humana y la justicia de Dios, que es un tema de actualidad y de carácter universal. Estas son expresiones del mal en la sociedad y en la historia.

Hay algunas notas significativas que destacan la universalidad de la experiencia de Job expresada en el relato y que nos damos cuenta al leerlo: “habla más de Dios (manera universal de nombrar a la divinidad) que de Yahveh (modo propio de los judíos de nombrar a Dios). El protagonista del libro es presentado como un patriarca oriental y no como un personaje judío, la acción tiene lugar en tierras no israelitas (en concreto, en Edom), los amigos que vienen a consolar y dialogar con Job son presentados como sabios humanistas orientales de Arabia”.²³

El tema del dolor humano y del sufrimiento es tratado cuestionando los fundamentos de la relación del ser humano y Dios, sin ocultar la cruda realidad del drama humano: el dolor afecta sobre todo a los más desprotegidos; el dolor también es provocado por la injusticia del ser humano y la naturaleza; ambos son criaturas de Dios; vivimos cada vez más experiencias de sufrimientos mayores e irracionales; la brecha entre el norte y el sur, entre el primero, el tercero y cuarto mundo aumenta progresivamente.

La reflexión teológica se hace en torno a la pregunta si es posible tener una relación auténtica con Dios a pesar de vivir

²¹ Cfr. *Ibidem.*, p. 34.

²² Estos apartados que tratan sobre Job y Jesús como justos sufrientes, los retomo de manera sintética de un artículo que ya publiqué. La referencia es: German R. Rosa Borjas, S.J. “Job y el Leviatán. El Justo convertido en Víctima”, Revista Diakonia XXVII-106, Centro Ignaciano de Centroamérica, Managua, Nicaragua, Abril-Junio 2003, pp. 65-96.

²³ Rafael De Sivatte, *La sabiduría de Israel, ¿Conformismo o liberación?*, UCA Editores, San Salvador, El Salvador 1999, p. 32.

diversas pruebas de dolor y sufrimiento. En definitiva, Job nos muestra que es posible que se dé una relación desinteresada y no comercial con Dios. Es posible que nos relacionemos con Dios según nos vaya en la vida, según tengamos felicidad o desgracia. Desde esta perspectiva, se puede creer que Dios nos recompensa, nos premia o nos castiga según nuestras acciones. No obstante, Job es el justo que padece teniendo una relación con Dios fundamentada en la gratuidad y el amor.

Descubrimos que el justo que sufre y padece, es afectado pero, al mismo tiempo, cuestiona las falsas explicaciones con preguntas inconformistas mostrando una sana rebeldía. La pregunta que nos plantea es: ¿dónde está Dios cuando el inocente sufre? Esto pone en evidencia que “la relación auténtica y desinteresada con Dios sólo es posible cuando se ha experimentado el dolor, la rebeldía, el inconformismo y la búsqueda”.²⁴

En los diálogos de los amigos de Job aparecen las concepciones que ellos tienen sobre el gobierno de Dios en el mundo; algunas son teóricas y falsas. Ante el mal y el pecado en el mundo muchas veces el cuestionamiento no debería ser sobre el gobierno de Dios sino sobre el desgobierno de los hombres.

Job es un personaje que se queja ante Dios de la dura realidad y con plena confianza, pero, al mismo tiempo, con toda la carga negativa del drama que vive hasta llegar a expresar su deseo de no haber nacido y de morir (Job 3).

Dios responde a Job y lo hace desde el seno de la tempestad (Job 38,1). Dios responde evocando el principio y fundamento de la creación (Job 38,4-39,1-30), porque Él creó el cosmos y la humanidad. Dios le explica a Job que su proyecto desde el principio no fue el reino de las tinieblas, de la muerte, donde hay justos sufrientes sino todo lo contrario, su proyecto fue el reino de la luz, de la vida, donde no hubiera justos o inocentes víctimas de la injusticia (Job 38,12-15). La mirada amorosa de Dios no concibió desde el principio de la creación un reino de Behemot o Leviatán que produjeran víctimas o justos sufrientes.

Dios responde a Job y le muestra su amor gratuito. Dios le explica a Job que toda la creación la realizó por su amor gratuito y

²⁴ *Ibidem.*, p. 36.

la creó libremente. El ser humano, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, también puede establecer una relación análogamente gratuita y libre con Dios, es decir, una relación liberada de la retribución o el utilitarismo religioso.

En el diálogo de Dios con Job, queda puesta en evidencia que la injusticia es producida por el ser humano, no es lo que Dios quiere, no es voluntad de Dios que haya justos sufriendo por causa del mal y el pecado, pero tampoco Dios quiere destruir a los malvados, e incluso Dios no puede destruirlos; éstos se han transformado en lo que son porque han subordinado sus deseos y su libertad al mal y el pecado, pero Dios espera su conversión. Es decir, el ser humano deviene injusto porque sumerge la libertad en las tinieblas del mal y el pecado.

Dios creó el cosmos, las criaturas, los seres humanos; sin embargo, el mal y el pecado son producidos por la naturaleza y los seres humanos, de donde no podemos deducir que el mal y el pecado sean creados por Dios.

En el relato se narra la capacidad que tienen las fuerzas del mal para hacer daño; sin embargo no se cuestiona el señorío de Dios sobre dichas fuerzas e incluso se afirma que fue Dios mismo quien creó a Behemot y Leviatán, lo que significa que Dios tiene todo poder sobre estas criaturas del mal (Job 40,1-32).²⁵ Desde la perspectiva de nuestro análisis y empleando un lenguaje metafórico, podemos decir que Dios tiene pleno poder sobre el ser humano que ha sufrido una metamorfosis para transformarse en Behemot o Leviatán, lo cual nos recuerda que Dios ha creado una creación abierta y se ha autolimitado a sí mismo para no destruir estas criaturas sino para convertirlas.

Finalmente queda confirmada la fe auténtica de Job, su relación con Dios es verdadera (Job 42,7). Ha sido acrisolada por las pruebas de la vida. Job ha dado testimonio que aunque no ha estado en una situación de bienestar ha sido fiel a Dios y que no siempre la relación con Dios es mercantilista. Al final del relato, el justo recibe su recompensa. Hay rasgos de la retribución en el último trozo del último capítulo, no hay que olvidar que el autor es hijo de su época.

²⁵ Aunque Dios normalmente no interviene violentando las leyes de la naturaleza.

6. Jesús, el justo sufriente de la Nueva Alianza

Después de cinco siglos de haberse escrito el libro de Job²⁶, el justo que sufre, irrumpe en nuestra historia, Jesús de Nazaret. Encarna una vez más el drama del inocente víctima de la injusticia. Jesús es el justo sufriente de la Nueva Alianza por antonomasia (Is 52,14; 50,5).

Job es un símbolo del justo que padece, es decir, de la humanidad que padece injustamente, Jesús de Nazaret no sólo es el justo que padece sino que es él la justicia de Dios personificada (1Cor 1,30; 2Cor 5,21). Ambos, Job y Jesús, son de cultura oriental.

El justo Job sufre porque es afectado y vive una serie de desventuras personales y familiares. Jesús sufre porque ama a los pobres y pecadores y carga con sus penas y dolores asumiéndolos como propios. Job pone en crisis la ideología religiosa de su tiempo, cuestiona y critica la doctrina de la retribución religiosa y la relación utilitarista del ser humano con Dios. De hecho Job vive una relación con Dios auténtica y desinteresada. Jesús nos muestra la gratuidad y el amor de Dios con los pobres y los pecadores, superando toda posible interpretación de dar a cada quien según sus méritos o penalizar según las faltas o los pecados cometidos.

Job y Jesús se dan cuenta que no se puede justificar a Dios condenando a los inocentes, la grandeza de Dios no se justifica dejando a las víctimas abandonadas en el abismo de su desgracia.

Job descubre que Dios quiso gobernar con justicia desde el principio, Dios se encarna en Jesús de Nazaret para hacer justicia al justo inocente víctima de la injusticia, para amar a los pobres, perdonar a los pecadores y salvar la humanidad del reino de Behemot y Leviatán.

Job es el ser humano que descubre al Dios auténtico desde su drama, Jesús es el hombre que encarna la síntesis perfecta de lo humano y lo divino asumiendo el mal, el pecado y la muerte.

En los relatos evangélicos se nos muestra cómo Dios vive conjuntamente con los pobres, los pecadores y la humanidad,

²⁶ Es probable que el libro de Job haya sido escrito después de la experiencia del destierro en Babilonia del Pueblo Judío. La fecha más indicada es en torno al comienzo del siglo V antes de Jesucristo.

las realidades existenciales del amor, el dolor, el sufrimiento y la muerte de los inocentes como Job.

Job nos ayuda a entender que Dios no premia ni castiga y Jesús de Nazaret nos muestra que Dios salva y libera.

Job nos pone en evidencia el mal, el pecado humano; Jesús no explica en qué consiste el mal sino que lo combate, lo erradica, redime, libera al pecador perdonándolo y convirtiéndolo.

6.1 Jesús es el justo de la Nueva Alianza que comienza el reino de Dios

Job es solidario con las víctimas, Jesús es solidario y también principia la solidaridad universal al comenzar **el reino de Dios** en la historia.

Job recalca que Dios no condena a los inocentes y Jesús nos enseña que la justicia de Dios es salvífica porque el reino es la justicia realizada históricamente por Dios.

En el Evangelio, Jesús aparece directamente confrontado con el mal y erradicando el pecado; Jesús convierte en un auténtico ser humano a la persona destruida por el mal y el pecado. Jesús restaña y restituye la figura de imagen y semejanza de Dios a los pobres y pecadores. El reino de Jesús es el reino de Dios Padre que se realiza a pesar del reino del mal, del reino de Beelzebub y de Satanás.

Job es la añoranza en persona de la resurrección de la carne, Jesús es el justo sufriente plenamente transfigurado y glorificado. Con Jesús acontece lo último, la realización escatológica del ser humano resucitado.

Job es el justo pecador, Jesús de Nazaret es el justo sufriente de la Nueva Alianza que no pecó. Jesús de Nazaret al anunciar y realizar la buena noticia del reino de Dios principia el fin del mal y el pecado en la historia que será llevado a su plenitud en la escatología. Jesús es Dios encarnado en nuestra historia y nuestra condición humana para anunciar el reino de Dios a los pobres, liberar a los cautivos y los oprimidos, también a los ciegos y proclamar el año de gracia del Señor condonando las deudas (Lc 4,16-21). Jesús cura de muchas enfermedades e incluso a los endemoniados (Lc 4,40-41). Jesús come con los pecadores (Lc 5,29-32) y no sólo come con los pecadores sino que los acoge perdonándolos y los invita a la conversión (Lc 7,36-49; Jn 8,1-11).

Jesús viene para dar vida y por eso resucita a los muertos (Lc 7,11-17). También multiplica los panes para dar de comer a la gente, a los pobres y sencillos (Mt 14,13-21; 15,32-39).

El principio del fin del mal y el pecado, Jesús lo anuncia con la buena noticia del reino de Dios y su realización histórica. Este reino que se inicia con su presencia, su palabra y su praxis. Los principales destinatarios son los pobres, los mansos, los que lloran, los sedientos y los que tienen hambre de justicia, los misericordiosos, los de corazón limpio y los que trabajan por la paz, los que son perseguidos por causa de la justicia (Mt 5,1-12; Lc 6,20-23). El reino de Dios se expande porque da fruto en abundancia (Mt 13,18-23); crece en presencia del mal y el pecado como el trigo y la cizaña (Mt 13,24-30); principia siendo tan pequeño como un grano de mostaza hasta convertirse en un gran árbol (Mt 13,31-32). El reino del bien se realiza por la gratuidad de Dios y la acogida de los pobres y los pecadores. También de los que venden todo para apropiarse de este gran tesoro o de esta gran perla (Mt 13,44-46).

Jesús al iniciar **el reino de Dios** comienza la **Nueva Humanidad**. El ser humano desfigurado por la enfermedad, el pecado, el mal se transfigura psíquica y físicamente. Recordemos la curación del enfermo de la piscina de Betsaida que quedó curado, tomó su camilla y se puso a andar (Jn 5,1-18); también la curación del ciego de nacimiento (Jn 9,1-40) en donde se muestra que no es ciego por su pecado ni por el pecado de sus padres sino que Jesús lo cura para manifestar en él las obras de Dios. En la curación de los endemoniados se evidencia que se humanizan siendo liberados del mal por Jesús (Mc 1,21-28; 9,14-29). Toda desfiguración de la imagen y semejanza de Dios en el ser humano es transformada por Jesús al entrar en la dimensión del Reino para hacer posible la síntesis humano-divina a través de la plena humanización que es el comienzo del proyecto de lo que serán el hombre y la mujer, así como del cosmos que ya no será una amenaza para el género humano. No olvidemos cómo Jesús calma la tempestad (Lc 8,22-25; Mt 8,23-27; Mc 4,35-41) y hasta los vientos y el mar le obedecen. Ni Behemot, ni Leviatán pueden imponerse a la presencia de Dios encarnado en Jesús de Nazaret.

La encarnación de Jesús de Nazaret, del justo de la Nueva Alianza, es el principio del fin de la vieja humanidad (Mt 1,1-17;

Lc 1,26-38), es decir, el comienzo del fin de Behemot o Leviatán. Jesús es el **Emmanuel**, “**Dios con nosotros**”, el Hijo del Altísimo a quien Dios le dio el trono de David y su reino no tendrá fin. Sin embargo, es condenado a muerte.

6.2 El justo sufriente de la Nueva Alianza es condenado a muerte

La muerte del justo no es una casualidad, tampoco es un proceso que se predeterminó así como un designio eterno. **La muerte del justo es consecuencia del anuncio y la praxis de la buena noticia del reino de Dios (Lc 4,16-20), pero que no fue acogida por todos de la misma manera (Lc 4,28-29).** Jesús encuentra oposición y resistencia desde el inicio de su ministerio público. Incluso es visto con sospecha por los escribas y los fariseos porque perdona los pecados y se considera una blasfemia (Lc 5,21). Jesús también es acusado por “curar” en día sábado, es decir, por transgredir la ley (Lc 13,10-17; Lc 14,1-6). Jesús pone al ser humano sobre la ley; él sabe que la ley es para que el ser humano viva: “El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2,27).

La autoridad de Jesús también cuestiona a los sacerdotes, los escribas y los ancianos (Lc 20,1-8), cuando él enseñaba en el Templo y anunciaba la Buena Nueva del reino de Dios. Incluso los escribas y los sumos sacerdotes intentan detenerlo, pero tenían miedo al pueblo (Lc 20,19).

Las autoridades religiosas estaban al acecho, conspiraban en contra de Jesús, **el justo de la Nueva Alianza**, e intentaban sorprenderlo: “Le enviaron unos espías, que fingieran ser justos, para sorprenderle en alguna palabra y poderle entregar al poder y autoridad del procurador” (Lc 20,20).

La conspiración de los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo, en contra de Jesús tuvo efecto y se realizó la entrega del **justo de la Nueva Alianza** logrando que Judas Iscariote lo traicionara (Lc 22,1-6; Mt 26,1-5; Mc 14,1-2).

El justo sufriente de la Nueva Alianza vive la agonía (Lc 22,39-46) de igual modo que Job; el **justo sufriente** también es abandonado por los suyos e incluso uno de ellos lo niega (Lc 22,54-62), Job también vive la experiencia del total abandono.

El justo sufriente de la Nueva Alianza también es desfigurado físicamente de igual modo que Job, con la diferencia que a

Jesús le tenían preso, se burlaban de él y le golpeaban, también le insultaban diciéndole otras muchas cosas (Lc 22,63-65). Jesús es víctima del mal, del pecado humano que le afecta de manera directa y que intenta acabar con el proyecto de vida que él ha comenzado. El pecado del mundo que es el poder de la hostilidad a Dios (Jn 8,44; 1Jn 3,8) intenta acabar con el principio de *la Humanidad Nueva*.

6.3 El justo resucitado es el justo crucificado

Los evangelios nos muestran cómo el ser humano está sumido en el pecado de tal manera que se condena al justo a la cruz. Este hecho insólito nos muestra cómo el ser humano puede preferir las tinieblas a la irrupción de la luz (Jn 1,5; 3,19; 9,41). Si ***Job es el justo sufriente de la Antigua Alianza, Jesús es el justo sufriente de la Nueva Alianza*** que nos muestra el colmo de la injusticia humana y la plenitud de la justicia que lleva a la humanidad a su máximo esplendor.

La muerte de Jesús primariamente es un acto de autodonación radical, plenitud de la kénosis, de su propio vaciamiento. No le quitan la vida sino que él la entrega libremente. La muerte de Jesús es el triunfo del antirreino, pero que paradójicamente se convierte en el exordio de la justicia definitiva expresada por Dios que le resucita.

Dicho lo anterior, no podemos obviar cosas de suma importancia y trascendencia. La muerte de Jesús es análoga a muchas muertes de tantas víctimas en la historia. Pero lo que revela de original su muerte es que su encarnación se convirtió en un estorbo para el mal del mundo, entendido como el antirreino. Jon Sobrino al analizar el hecho de la muerte de Jesús lo dice así:

Fue consecuencia de su vida y ésta, a su vez, consecuencia de su concreta encarnación, en un antirreino que da muerte, para defender a sus víctimas. Si nada más hubiera acaecido tras su muerte, si no hubiese surgido fe en ese Jesús después de la resurrección, su fin hubiese sido registrado en la historia como el de tantos otros.²⁷

²⁷ Jon Sobrino, *Jesucristo liberador. Lectura histórica-teológica de Jesús de Nazaret*, UCA Editores, San Salvador, El Salvador, 1996, p. 334.

La crucifixión es una muerte típicamente política impuesta a los rebeldes contra Roma, y como pena establecida para quienes quieren convertirse en rey de los judíos.²⁸ La vida de Jesús se convirtió en un peligro para las mismas autoridades judías. Ignacio Ellacuría lo expresa así:

Lo narra San Juan: reunidos los sumos sacerdotes y los fariseos se preguntaban qué hacer, porque Jesús hacía muchos signos. Si lo dejaban seguir su camino, todos iban a creer en él, lo cual ocasionaría la intervención de los romanos, que destruirían el lugar santo y la nación entera. A lo cual respondió Caifás que era mejor que muriera un solo hombre por el pueblo y no que pereciera toda la nación (11,47-50).²⁹

Ignacio Ellacuría distingue dos planos para responder al por qué muere Jesús y por qué lo asesinan:

- A) Desde el plano teológico-histórico, la muerte tiene un carácter soteriológico pues Jesús murió por nuestros pecados y para la salvación de la humanidad.
- B) Desde el plano histórico-teológico, el asesinato de Jesús es la consecuencia lógica por la vida que llevó.³⁰

Sobre la pasión y la muerte de Jesús, hay aspectos teológicos que recupera Ignacio Ellacuría que son fundamentales:

- a) El anuncio y la praxis del reino se convirtió en una amenaza contra el orden social establecido, porque éste estaba estructurado según los fundamentos del antirreino.
- b) La predicación de Jesús sobre el reino entra en contradicción con un mundo estructurado por el poder del mal y el pecado personal, social y estructural. En estas condiciones la muerte de Jesús se convierte en una necesidad histórica.
- c) Las comunidades postpascuales le dieron el máximo de importancia a la vida, la pasión y crucifixión del Jesús histórico, no lo echaron al olvido, pues era una experiencia de clara oposición al mundo de su tiempo.

²⁸ Cfr. Ignacio Ellacuría, *Escritos Teológicos, Tomo II*, UCA Editores, San Salvador, El Salvador, 2000, pp. 72-73.

²⁹ *Ibidem.*, p. 73.

³⁰ Cfr. *Ibidem.*, p. 86.

- d) La confesión de fe de que Jesús ha resucitado es la ratificación del mensaje y de la validez salvífica de la vida de Jesús, convirtiéndose en el camino histórico de la fe cristiana pero también de la resurrección.
- e) La conmemoración de la muerte de Jesús ha de ser celebrada en la vida siguiendo los pasos "de quien fue muerto violentamente por quienes no aceptaban los caminos de Dios, tal como han sido revelados en Jesús".³¹

Los relatos evangélicos nos expresan que el justo sufriente crucificado trasciende la muerte, la condena del justo es trascendida por la salvación.

La resurrección del justo sufriente es la vida en plenitud manifestada en el justo glorificado. El justo crucificado es el justo resucitado o glorificado.

La nueva humanidad aparece con todo su esplendor en el justo resucitado que ha sufrido el parto de la crucifixión. El justo crucificado y resucitado manifiesta la nueva humanidad en su dimensión escatológica.

Jesús ha transfigurado el ser humano y le da la posibilidad de convertirse en una nueva humanidad, en un hombre y una mujer nuevos. El hecho de la resurrección tiene un mensaje claro: la luz ha prevalecido sobre las tinieblas del mal y el pecado, el día se ha impuesto sobre la noche.

Los rasgos evangélicos del justo resucitado son los siguientes: su presencia es novedosa, su cuerpo está plenamente transfigurado, los discípulos le reconocen al partir el pan y sus palabras hacen arder sus corazones (Lc 24,13-32). El justo resucitado comunica la paz, muestra las manos y los pies, su cuerpo de carne y hueso, y come con sus discípulos (Lc 24,36-43). La presencia del justo resucitado transforma la vida de los discípulos, desaparece el temor, el pánico de la persecución y la muerte, convirtiéndose en auténticos apóstoles, enviados a anunciar la buena noticia del justo resucitado y el reino de Dios (Mc 16,15-20).

La **kénosis** de **Dios en Jesús de Nazaret** que prefirió despojarse de su condición divina y se rebajó a sí mismo hasta ya no ser nada, tomando la condición de esclavo y siendo seme-

³¹ Cfr. *Ibidem.*, pp. 87-88.

jante en todo al ser humano (Fil 2,6-7), es el principio de la Nueva Humanidad en el proyecto de Dios que busca cristificar al hombre y la mujer, así como el cosmos.³² El camino de la cristificación es la plena humanización a través de la acogida del don del reino en tensión con el antirreino, así lo narran los evangelios. Jesús encarna la síntesis perfecta de lo humano y lo divino, Jesús es el justo crucificado y al mismo tiempo el justo resucitado. Obviamente, la resurrección no suprime, no borra las marcas de la pasión y de la muerte. El camino del seguimiento de Jesús pasa por esa batalla entre el reinado de Dios en la historia y el antirreino. Así se traduce la respuesta al problema o enigma del mal.

Muchas veces los males físicos van unidos a los males morales por el impacto que estos hacen, o bien, en ocasiones los males morales llevan a provocar males físicos.³³ Es importante enfatizar que se trata de una distinción y no de una separación, pues, en la mayoría de los casos, nos percatamos que existe una circularidad causal y consecuencial entre los males físicos y los males morales.³⁴

7. Pensar el mal desde la fe cristiana asumiendo la batalla por el reino versus el antirreino

El mal nunca es causado por Dios sino que es producto de la naturaleza y libertad de los seres humanos creados con amor por Dios. De ahí que el mal no es producto de un agente o fuerza maligna independiente a la realidad humana, ni a la realidad histórica. El mal es creación del ser humano cuando éste lo posibilita por el *mysterium iniquitatis*. El pecado del mundo del que habla el Evangelio de Juan 1,29.³⁵ Dicho de otra manera en lenguaje

³² Cfr. Ignacio de Loyola, "Contemplación de la Encarnación", en *Ejercicios Espirituales*, N° 102-N° 107.

³³ Cfr. José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo, K - P*, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 2001, p. 2,259.

³⁴ Cfr. Marciano Vidal, "El mal moral estructural. Lugar hermenéutico de la responsabilidad y de los valores éticos", en *Misterio del mal y fe cristiana*, Edita Tirant Humanidades, Valencia, 2012, p. 261.

³⁵ El Catecismo de la Iglesia Católica en el número 408 dice lo siguiente: *Las consecuencias del pecado original y de todos los pecados personales de los hombres confieren al mundo en su conjunto una condición pecadora, que puede ser designada con la expresión de S. Juan:*

moderno, es la solidaridad humana en el pecado que se expresa en las situaciones y en las estructuras sociales.³⁶ El *mysterium iniquitatis* es el pecado del que hablan los documentos de las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe en Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida.

Nos parece importante decir que el pecado del mundo en principio ha comenzado su fin con el Reinado de Dios que inició Jesús de Nazaret; en este sentido, el fin del dominio del mal ya ha comenzado con la realización histórica del reinado de Dios.³⁷ Desde la oscura realidad del mal, decir que es producto de las acciones humanas o de la naturaleza, es paradójicamente una noticia alentadora, porque no ha sido creado por Dios. Si es creación humana, es una realidad finita, limitada, lo cual nos lleva a pensar que es superable, se puede acabar, extirpar de la historia, pues no es querido por Dios; tampoco es un principio de la creación, sino una consecuencia, y por lo tanto, el bien que es personificado, como sumo bien en Dios mismo, prevalece sobre el mal, la luz se impone sobre las tenebrosas oscuridades del mal, y no se puede pensar que una realidad finita del mal pueda superar la realidad infinita del bien, del proyecto de Dios que es su reino de fraternidad, misericordia y justicia.

7.1 Pensar el mal desde Jesucristo y la Buena Noticia del Reino de Dios

Todo esto que identificamos como males, no es un problema de carácter teórico, ni tampoco racional, es una realidad que tiene su fuerza de imposición, su impacto que se puede observar, podemos palpar, sentir, etc. Se puede pensar el mal de manera abstracta, como un ejercicio intelectual, pero a nuestro modo de entender, este no es el camino para plantear el problema con radicalidad.

"el pecado del mundo" (Jn 1,29). Mediante esta expresión se significa también la influencia negativa que ejercen sobre las personas las situaciones comunitarias y las estructuras sociales que son fruto de los pecados de los hombres (Cf. RP 16).

³⁶ Cfr. Piet Schoonenberg, "MYSTERIUM INIQUITATIS (Ensayo sobre el pecado original)", en revista *Selecciones de Teología*, N° 22, Vol. 6, Barcelona, Abril-Junio 1967, pp. 134-138.

³⁷ Cfr. Karl Rahner y Herbert Vorgrimler, *Diccionario Teológico*, Editorial Herder, Barcelona, 1966, pp. 399-401.

El enigma del mal nos lleva a confrontarnos con el misterio absoluto de Dios, convirtiéndose muchas veces en un conflicto interior para quienes tenemos fe en Dios y nos sentimos víctimas de cualquier manifestación del mal.

Otro punto sobresaliente para continuar pensando nuestro tema es que en principio, abordar el problema del mal desde la fe cristiana, solo es posible si lo hacemos desde la postura que asume que este ya ha sido vencido con Jesucristo y su buena noticia del reino. Adolphe Gesché lo expresa así:

Ninguna situación, por dramática que sea, puede hacernos olvidar la realidad de la salvación, el esplendor de la creación, la belleza que puede contemplarse en ella y la bondad que resplandece en tantos rostros humanos. "El que no se acuerda del Bien no espera" (Goethe).³⁸

No se trata de ocultar el mal y la injusticia; no obstante, el horizonte último de la buena noticia del Reinado de Dios ofrece una propuesta de esperanza para las víctimas del mal en la historia.

7.1.1 Jesús el mediador que vence el mal del mundo

Antes existía el mal como un cáncer sin posibilidad de ser curado o extirpado. Durante la vida, el ministerio público de Jesús, su pasión, muerte y resurrección, se abre el camino para salir del fatalismo, de la desesperación, la angustia y la imposibilidad de que el mal no se pueda superar, ni vencer o terminar. Después de Jesús, el mal tiene su fuerza de imposición, tiene su propia consistencia, se objetiva en realidades que nos afectan, que destruyen la vida, pero prevalece la esperanza que nos libera de toda negatividad que nos subsume en las tinieblas propias de esta realidad. Y la esperanza radical se confronta triunfalmente con el mal radical, esta no es otra que "la esperanza de las víctimas", pues el verdugo no ha triunfado sobre la víctima que murió crucificado injustamente; es así cómo la esperanza del resucitado, que también es el crucificado, se convierte en la esperanza de las víctimas. Jon Sobrino lo dice en estos términos:

La esperanza se convierte entonces en esperanza de las víctimas y con ello se recupera lo central de la resurrección

³⁸ Adolphe Gesché, "La Teología de la Liberación y el mal", en revista *Selecciones de Teología*, Vol.33, N° 130, Barcelona, *Op. cit.*, p. 93.

de Jesús, que no es simplemente un símbolo de expectativa de vida más allá de la muerte, intercambiable con otros: la continuación de la existencia del alma en condiciones inmatriciales, la transmigración de las almas... Tampoco es sólo un símbolo que se acredita mejor que otros ante una antropología moderna, pues habla de la supervivencia de toda la persona (cuerpo – alma), de la supervivencia societaria (Jesús resucita como el primogénito al que sigue una nube de hermanos y hermanas), e incluso de una transformación cósmica (nuevos cielos y nueva tierra). En la resurrección Dios hace justicia a una víctima inocente, Jesús, y por ello la esperanza de las víctimas – y no cualquier deseo, confianza o apertura – es el analogatum princeps de la esperanza cristiana.³⁹

El mal es toda negación del bien, que daña, causa desgracia y calamidad, el mal es también manifestación del pecado que niega la voluntad de Dios, tal como lo expresa Karl Barth: "lo que Dios no quiere, es el caos de Gen 1,2, el caos que se hace pecado con las consecuencias devastadoras del pecado".⁴⁰ Desde Jesucristo crucificado y resucitado, el mal puede ser concebido como el pasado, lo antiguo, la antigua amenaza, el antiguo peligro, la antigua ruina, la realidad que destruye u oscurece la creación de Dios. Tal como lo expresa Rosino Gibellini, esta "realidad ya superada en Jesucristo, que en su muerte ha sufrido la única suerte que merecía: el anonadamiento, en el designio de la positiva voluntad de Dios, porque es también el fin de cuanto no ha sido querido por Él".⁴¹ El mal ha sido vencido y liquidado por Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios, ha sido superado no solo por Dios, sino también por la humanidad que está unida a Él.⁴² Desde la fe cristiana, abordar este duelo entre Dios y el mal solo es posible si se admite el siguiente presupuesto: "la mirada dirigida hacia atrás, a la resurrección de Jesucristo, y la mirada dirigida hacia adelante, a su aparición en la gloria, la mirada dirigida a la fe cris-

³⁹ Jon Sobrino, "El mal y la esperanza. Reflexión desde las víctimas", en Revista ECA, UCA, San Salvador, El Salvador, 565-566, Noviembre-diciembre 1995, p. 1084.

⁴⁰ Rosino Gibellini (ed.), Antología teológica del siglo XX, Editorial Sal Terrae, Santander, 2012, p. 55.

⁴¹ Ibídem., pp. 55-56.

⁴² Ibídem., p. 56.

tiana, que se fundamenta en la palabra de Dios y es alimentada constantemente por ella”.⁴³ Esta palabra que Jesús la expresó y principió con el anuncio y la praxis del reino de Dios Padre.

7.1.2 La buena noticia del Reinado de Dios desafía y prevalece sobre el antirreino

De aquí se desprende una esperanza irrefutable, Jesucristo ha vencido el mal, el pecado y la muerte. Pero esta esperanza tiene también su fundamento en la buena noticia que predica Jesús, el reinado de Dios. El reino ha sido comenzado por Jesucristo a pesar y en contra del antirreino. Dicho de otra manera, “la esperanza debe ser práxica: mueve a trabajar por bajar de la cruz a los crucificados”.⁴⁴ En esa pugna dialécticamente paradójica, si se proyecta el deseo de acabar con el mal no hay otra alternativa que vencerlo con el bien, asumiendo la postura de Jesús que se identificó con las víctimas del mal asumiendo su perspectiva porque el reino de Dios, “está marcado por la lucha contra el mal, que revierte en la transformación de las estructuras sociales, en la configuración de un nuevo código cultural y en otra canalización de los deseos y necesidades humanas”.⁴⁵ Desde esta perspectiva, el mal no solamente es un problema de la subjetividad humana para elegir entre las posibilidades que le ofrece la realidad, es decir, no es un problema solamente del pecado personal, sino que también es un grave problema del pecado que se estructura en la sociedad cristalizada en la historia. Por eso el enigma del mal se resuelve desde la perspectiva de la teodicea práctica, identificándose con Jesucristo crucificado y resucitado, que no se reduce a una reflexión teológica de la kénosis divina y a explicar su silencio ante el mal en la cruz.

La única respuesta aceptable en esa lucha de Dios contra el mal, se construye sobre la base de la solidaridad divina con el dolor y el sufrimiento del mundo:

La Cruz de Cristo es la única fuente de luz que brilla lo suficiente para iluminar el dolor. Esto no significa que el misterio

⁴³ *Ibidem.*, p. 56.

⁴⁴ Jon Sobrino, “El mal y la esperanza. Reflexión desde las víctimas”, en Revista ECA, UCA, San Salvador, El Salvador, 565-566, *Op. cit.*, p. 1084.

⁴⁵ Juan Antonio Estrada, “El mal y la creencia en Dios”, en *Misterio del mal y fe cristiana*, Edita Tirant Humanidades, *Op. cit.*, p. 91.

*del mal tenga una solución teórica, ni siquiera en forma de la cruz de Cristo. La cruz de Cristo es más bien una respuesta divina al mal y el modelo para nuestra respuesta a la presencia del dolor, una respuesta marcada por la solidaridad, que no se preocupa del porqué del dolor sino que permanece en silencio.*⁴⁶

La cruz, pues, es un acontecimiento que redime, pero al mismo tiempo se adopta, se asume el dolor y la transformación radical del mal. Esta transformación es posible por el dinamismo incoado del reino que principió Jesús, el Cristo, el Crucificado y Resucitado.

Solamente una actitud esperanzada y comprometida contra el mal, anuncia la salvación para las víctimas, comenzando por contemplar y seguir el llamado del crucificado, pues no basta con una teoría explicativa del porqué y para qué de tanto mal en la historia.⁴⁷ El Reinado de Dios cambia radicalmente la condición de las víctimas y los convierte en anunciadores del proyecto de vida que Dios tiene para la humanidad y la creación.

Dios puede hacer posible que las realidades malas sean convertidas en buenas realidades, es decir, tal como lo dice nuestra gente, Dios puede sacar bienes de males. San Agustín lo plantea de la manera siguiente: "Porque el Dios Todopoderoso... por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si Él no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir el bien del mismo mal".⁴⁸

Se puede afirmar con certeza que Dios ama incluso a las personas que hacen el mal moral, pues sobre ellas también hace salir el sol de su gracia y la lluvia de su bendición (Cf. Mt 5,45 y Lc 6,35). Es suficiente recordar la parábola del hijo pródigo.⁴⁹

Hay distintas maneras de posicionarse con respecto al problema del mal. Podemos identificar dos grandes posturas: una

⁴⁶ Alexander Nava, "El misterio del mal y el ocultamiento de Dios. Reflexiones acerca de Simone Weil", en la revista Concilium, N° 274, Editorial Verbo Divino, Op. cit., p. 116.

⁴⁷ Juan Antonio Estrada, "El mal y la creencia en Dios", en *Misterio del mal y fe cristiana*, Edita Tirant Humanidades, Op. cit., p. 99.

⁴⁸ Andrés Torres Queiruga, "La inevitable y posible teodicea", en *Revista Iglesia Viva*, 225, Valencia, enero-marzo 2006, p. 13.

⁴⁹ Cfr. *Ibidem.*, p. 14.

desde la opción de fe religiosa o cristiana y la otra desde una opción de tipo no creyente.

Desde ambas posturas se pueden identificar distintas modalidades, tal como lo dice Andrés Torres Queiruga:

Una "fe" pesimista como la de Schopenhauer o ultrahumana como la de Nietzsche, desesperada como la del Sartre de la náusea o heroica como la del Camus de El mito de Sísifo... La opción puede ser de tipo creyente, si el factor religioso entra en su respuesta. Podrá ser entonces mágica o personalista, mística o profética, de renuncia al mundo o de transfiguración del mundo... Pero, en definitiva se trata de distintos tipos de pisteodicea, con sus ventajas y sus dificultades.⁵⁰

Esta diversidad de posturas al enfrentar el problema del mal, nos sitúa ante la realidad que cada una de ellas nos lleva a consecuencias prácticas. Es decir, el mal se puede asumir con esperanza radical para cambiarlo en la dirección del Reinado de Dios o para asumirlo pasivamente en la dirección del antirreino. Sin embargo, aunque queramos negar la realidad del mal, el mundo es como es, no podemos negarlo, pero sí podemos transformarlo. El problema del mal provoca la sensación paradójica de la resignación y la rebeldía. Ante una actitud resignada frente al mal, la apuesta es por una praxis con rebeldía, pues no podemos aceptar pasivamente el mal y sus diversas expresiones. Juan Antonio Estrada lo dice así:

La praxis transformadora en la que convergen la ciencia, la filosofía, el arte y la religión, es la respuesta común al mal. Lo único racional es luchar contra él, aunque tengamos conciencia de la derrota inevitable ante el mal que pervierte los ideales más nobles y que frustra cualquier proyecto liberador. Por eso la sociedad sin mal es un ideal históricamente irrealizable, pero también un ideal irrenunciable. Walter Benjamin, con su razón anamnética, para que las víctimas no caigan en el olvido; Adorno, desde el imperativo categórico de que no se repita Auschwitz; y Camus, con el médico que lucha contra la peste, aun sabiendo que la victoria es provisional, son testigos cualificados de esta paradoja.⁵¹

⁵⁰ *Ibidem.*, p. 23.

⁵¹ Juan Antonio Estrada, "De la teodicea a la esperanza", en *Revista Iglesia Viva*, 225, Valencia, Op. cit., pp. 34-35.

Aunque el mal se convierte en un combate en el corazón humano, esta batalla también se libra en la historia. Gautama el Buda dijo esta parábola:

Un hombre fue alcanzado por una flecha envenenada. Enseguida, sus parientes y amigos llamaron al médico. ¿Qué ocurriría si el enfermo dijese: Yo no quiero dejar que se vende mi herida hasta que sepa quién es el hombre que me ha alcanzado con su flecha? El hombre moriría por su herida. La urgencia de la praxis de liberar del mal tiene prioridad sobre cualquier teoría acerca de sus orígenes o su presunta justificación.⁵²

Sin obviar la importancia sobre la reflexión, la explicación sobre el mal, antes que lograr una respuesta definitiva o satisfactoria al problema que nos plantea la pregunta “¿de dónde viene el mal?”, hay que tratar de dar una respuesta práctica y urgente a la pregunta: “¿qué es lo que está en nuestras manos hacer para combatirlo, suprimirlo o disminuirlo?”.⁵³ Esta postura presupone una cosa importante, pero fundamental: “El problema del mal resiste a las soluciones teóricas y pone de rodillas a la razón”.⁵⁴

7.2 Todos somos víctimas y agresores y necesitamos ser liberados del mal

No obstante, al tratar el problema del mal, no podemos obviar que de alguna manera todos somos a la vez víctimas y agresores, todos necesitamos liberarnos del mal. Juan Masiá Clavel nos habla de cuatro niveles o planos en donde tropezamos con el mal: personal, interpersonal, ideológico y estructural. Él lo expresa en los siguientes términos.

En el plano personal: nuestras contradicciones internas de hacer lo que no queremos y no hacer lo que en el fondo queremos. En el plano interpersonal: mezcla inexplicable de responsabilidad, destino y azar en las rupturas que afectan a cada relación humana. En el plano ideológico: coexistencia ineludible del error y la verdad, de la manipulación y el

⁵² Juan Masiá Clavel, “Liberar, liberarse, ser liberado”, en Revista Iglesia Viva, 225, Valencia, enero-marzo 2006, pp. 45-46.

⁵³ *Ibidem.*, p. 46.

⁵⁴ Cfr. Alexander Nava, “El misterio del mal y el ocultamiento de Dios. Reflexiones acerca de Simone Weil”, en la revista Concilium, N° 274, Editorial Verbo Divino, Op. cit., p. 109.

*desenmascaramiento. En el plano estructural-institucional: propagación del mal en las instituciones de la sociedad.*⁵⁵

El problema del mal nos confronta con la contradicción de la libertad esclava en proceso de liberación perenne, constante y siempre inacabada. La paradoja de la libertad esclava en estos cuatro niveles la percibimos en la exigencia de liberarnos y liberar del mal, sabiendo que necesitamos una instancia absoluta para lograrlo, fundamento de esperanza a pesar de todos los pesares. Pues nuestra libertad está condicionada y sentimos aquella contradicción expresada por Pablo:

Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. Y, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con la Ley en que es buena; en realidad, ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí. Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero. Y, si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí. (Rom 1,15-20)

Dios puede erradicar el mal del mundo, pero no lo elimina de la historia, pues es consecuencia, en definitiva, del modo como se emplea la libertad humana, si terminara con el mal del mundo tendría que acabar con ésta. El verdadero sentido de la omnipotencia de Dios, tal como lo han hecho ver Schelling y Kierkegard, es su capacidad de crear y dar autonomía a la humanidad, sin intervencionismo que la anularían; además, eliminar el mal del mundo equivaldría a hacerlo infinito, es decir, a negarlo, pues dejaría de ser lo que es, una realidad limitada.⁵⁶ Sin embargo, en esta lucha dialéctica y dúelica entre Dios y el mal, no hay duda que Dios puede y quiere vencer el mal, tal como lo dice Andrés Torres Queiruga:

Solo que su amor tiene que soportar – por nosotros y con nosotros – la paciencia del tiempo. Esta resulta muchas veces dura y terrible, pero desde la fe aparece ya iluminada

⁵⁵ Juan Masiá Clavel, "Liberar, liberarse, ser liberado", en Revista Iglesia Viva, 225, Valencia, Op.cit., pp. 47-48.

⁵⁶ Cfr. Andrés Torres Queiruga, "La inevitable y posible teodicea", en Revista Iglesia Viva, 225, Valencia, Op. cit., p. 24.

por la gran victoria final, pues, entonces, ya "sin muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas" (Ap 21,4), "Dios será todo en todos" (1 Cor 15,28).⁵⁷

8. El pecado expresión del mal personal y estructural

El pecado es un mal moral que tiene un carácter religioso, pero su realidad afecta todos los ámbitos de la vida y de la historia de la humanidad. Aunque es importante aclarar que todo pecado es expresión del mal, pero que no todo mal es pecado. Un ejemplo de esto es lo que ocurre en una catástrofe natural, puede ser o no puede ser consecuencia de las acciones humanas. Si no es consecuencia de las acciones humanas, esta catástrofe causa mucho mal a la humanidad y el medio ambiente, sin embargo, no puede ser atribuida al pecado humano.

El mal es una realidad que puede ser entendida de distintas maneras, aunque ninguna de ellas puede dar cuenta de este problema. El mal genera su propio dinamismo que trunca el desarrollo y la plenitud del bien, afectando negativamente la realidad humana en la historia. El mal en cuanto realidad tiene consistencia, pero no se puede entender como un epifenómeno de la realidad visible, sensible o de la misma realidad histórica o como algo superpuesto a la misma. Pues el mal tiene sus agentes que lo provocan, lo causan, lo engendran y lo reproducen. Hay una presencia del mal moral estructural, es decir, del pecado estructural que se historiza. Tal como lo entiende Marciano Vidal, la maldad de las estructuras constituye un auténtico pecado en cuanto existe una falta de responsabilidad de las personas. Por tanto no existe una contraposición entre el pecado personal y estructural, pues en definitiva, las estructuras son expresión de la responsabilidad humana o falta de ésta.⁵⁸

8.1 El Vaticano II expresa las consecuencias del pecado humano

A nuestro modo de entender, el mal rompe la armonía y engendra el caos en el cosmos. No podemos negar que, en el cosmos existe el mal; sin embargo, el universo es bueno. Esto

⁵⁷ *Ibidem.*, p. 28.

⁵⁸ Cfr. Marciano Vidal, "El mal moral estructural. Lugar hermenéutico de la responsabilidad y de los valores éticos", en *Misterio del mal y fe cristiana*, Edita Tirant Humanidades, Valencia, 2012, p. 279.

lo expresa claramente el concilio Vaticano II, en la constitución pastoral *Gaudium et Spes* n. 13, en el que se indican las consecuencias del pecado humano:

- *Crea en el ser humano la tendencia al mal y le acarrea muchos males.*
- *Le desvía de su fin último.*
- *Rompe la armonía en su interior, creando división y lucha en su corazón.*
- *Es más fuerte que el sujeto humano y lo esclaviza.*
- *Rebaja la condición de persona y no le permite lograr su plenitud.*⁵⁹

Naturalmente, el pecado también tiene efectos dañinos para la sociedad, tal como lo expresa Marciano Vidal: “el pecador es el colaborador con la injusticia estructuralmente fundada, y la mayoría de las veces anónima”.⁶⁰

8.2 La Conferencia de Medellín denuncia las estructuras injustas

El documento de Medellín expresa que el pecado cristaliza en “estructuras injustas”, en “situación de injusticia”, en “violencia institucionalizada”.

¿Qué entiende la Conferencia Episcopal en Medellín por violencia institucionalizada?

Si el cristiano cree en la fecundidad de la paz para llegar a la justicia, cree también que la justicia es una condición ineludible para la paz. No deja de ver que América Latina se encuentra, en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada cuando, por defecto de las estructuras de la empresa industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política, «poblaciones enteras faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política» (Enc. Populorum progressio, No. 30), violándose así derechos fundamentales. Tal situación exige transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras. No debe,

⁵⁹ *Ibidem.*, p. 266.

⁶⁰ *Ibidem.*, p. 269.

pues, extrañarnos que nazca en América Latina «la tentación de la violencia». No hay que abusar de la paciencia de un pueblo que soporta durante años una condición que difícilmente aceptarían quienes tienen una mayor conciencia de los derechos humanos.

Ante una situación que atenta tan gravemente contra la dignidad del hombre y por lo tanto contra la paz, nos dirigimos, como pastores, a todos los miembros del pueblo cristiano para que asuman su grave responsabilidad en la promoción de la paz en América Latina. (Documento de Medellín, Conclusiones 2,16)

Por esa razón no basta la conversión personal (transformación personal), hace falta también el cambio de estructuras sociales.⁶¹ Esto nos hace caer en la cuenta que todo pecado tiene repercusiones sociales:

Esta falta de adaptación a la idiosincrasia y a las posibilidades de nuestra población, origina, a su vez, una frecuente inestabilidad política y la consolidación de instituciones puramente formales. A todo ello debe agregarse la falta de solidaridad, que lleva, en el plano individual y social, a cometer verdaderos pecados, cuya cristalización aparece evidente en las estructuras injustas que caracterizan la situación de América Latina. (Documento de Medellín, Conclusiones 1,2)

8.3 Puebla habla de pecado social

El documento de Puebla también habla de “situación de pecado social” (n. 28); “pecado personal y social” (n. 482; cf. nn. 487 y 1032); “estructuras de pecado en la vida personal y social” (n. 281; cf. n. 1258); “sistema marcado por el pecado” (n. 92; cf. n. 405).⁶²

El pecado social resulta escandaloso en nuestro continente cristiano:

Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra

⁶¹ Cfr. Medellín I,1; II, 1; II,2.

⁶² Cfr. Marciano Vidal, “El mal moral estructural. Lugar hermenéutico de la responsabilidad y de los valores éticos”, en *Misterio del mal y fe cristiana*, Edita Tirant Humanidades, Op. cit., p. 273.

la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar: «que se le quiten barreras de explotación... contra las que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción» (Juan Pablo II, Alocución Oaxaca 5: AAS 71 p. 209).⁶³

La Conferencia de Santo Domingo (1992) se entronca en la tradición del magisterio latinoamericano, retomando las orientaciones de Medellín y también de Puebla.

8.4 Santo Domingo nos recuerda las estructuras de pecado

El documento de Santo Domingo asume la categoría de “estructuras de pecado” (n. 243); también las denuncia proféticamente porque son “estructuras sociales generadoras de injusticias, que impiden el ejercicio de los Derechos Humanos” (n. 253); desenmascara el pecado de la economía porque las estructuras económicas injustas originan grandes desigualdades (n. 166); y describe la situación actual como un “desorden institucional” (n. 174).⁶⁴

Santo Domingo explicita las víctimas de la injusticia:

Miramos también a los que son víctima de la injusticia: los marginados, los más pobres, los habitantes de los suburbios de las grandes ciudades, los indígenas y afroamericanos, los campesinos, los sin tierra, los desempleados, los sin techo, las mujeres desconocidas en sus derechos. Nos interpelan también otras formas de opresión: la violencia, la pornografía, el tráfico y el uso de drogas, el terrorismo, el secuestro de personas, y otros muchos problemas acuciantes. (Santo Domingo, Mensaje 17)

Las estructuras generadoras de injusticia siguen siendo un desafío para la fe cristiana:

⁶³ Documento de Puebla, Conclusiones 28.

⁶⁴ Cfr. Marciano Vidal, “El mal moral estructural. Lugar hermenéutico de la responsabilidad y de los valores éticos”, en *Misterio del mal y fe cristiana*, Edita Tirant Humanidades, Op. cit., p. 273.

La falta de coherencia entre la fe que se profesa y la vida cotidiana es una de las varias causas que generan pobreza en nuestros países, porque los cristianos no han sabido encontrar en la fe la fuerza necesaria para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social, económica y política de nuestros pueblos. «En pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia» (DP 437).⁶⁵

8.5 Aparecida nos habla de estructuras de muerte

La Conferencia de Aparecida (2007) tiene la misma sintonía que el Documento de Santo Domingo. Lo retoma, lo asume y le da la importancia que se merece el tema del mal cristalizado en las "estructuras de pecado" que se concretan en las "estructuras injustas" (n. 546; confrontadas con las "estructuras justas": nn. 210, 358), "estructuras de muerte" (n. 112).⁶⁶

La opción de Jesús es la opción por la vida, esta es la opción cristiana ante las estructuras de muerte:

Ante la exclusión, Jesús defiende los derechos de los débiles y la vida digna de todo ser humano. De su Maestro, el discípulo ha aprendido a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de explotación de la persona humana⁴⁷. Sólo el Señor es autor y dueño de la vida. El ser humano, su imagen viviente, es siempre sagrado, desde su concepción hasta su muerte natural; en todas las circunstancias y condiciones de su vida. Ante las estructuras de muerte, Jesús hace presente la vida plena. "Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud" (Jn 10,10). Por ello sana a los enfermos, expulsa los demonios y compromete a los discípulos en la promoción de la dignidad humana y de relaciones sociales fundadas en la justicia. (Documento de Aparecida, N° 112).

⁶⁵ Documento de Santo Domingo, Conclusiones 161.

⁶⁶ Cfr. Marciano Vidal, "El mal moral estructural. Lugar hermenéutico de la responsabilidad y de los valores éticos", en *Misterio del mal y fe cristiana*, Edita Tirant Humanidades, Op. cit., p. 274.

El mal moral estructural es, en consecuencia, una concreción objetiva de la maldad personal; tal concreción brota de la responsabilidad personal pero tiene su fundamento en las estructuras humanas.⁶⁷

9. El conflicto del bien y el mal en la historia: Salvación versus condenación

La salvación histórica y escatológica tiene su antítesis que es la condenación histórica, pero también escatológica. El *mysterium iniquitatis* es la raíz y la fuente del mal de la opresión, la injusticia y la discriminación; pero no hay que olvidar que este pecado se objetiva en toda clase de injusticias, de servidumbres y opresiones.⁶⁸

En esta relación dialéctica entre Dios versus el mal podemos adoptar distintas posturas que se determinan según la opción que se haga o bien por el primero o por el segundo.

Existen diversas posturas ante el problema del mal. Estas pueden ser: la aceptación alegre y connivente con el mal, en la que se expresa el amor al mal o a los males (*algofilia*); la desesperación en tanto que no se resuelve ni de manera práctica ni teórica; la huida para no enfrentar el mal, buscando evitar el efecto de éste, y se posiciona desde una actitud de indiferencia, insensibilidad y se practica la ascesis para que no haga mella; otra postura puede ser la adhesión, asumiendo una actitud sumisa plegándose al mal; otra posibilidad es la acción individual o colectiva, o ambas, para liberarse de las redes y cadenas del mal individual, social e histórico. También en ciertas circunstancias aunque el mal no se pueda explicar, se puede justificar.⁶⁹ Además se puede adoptar una actitud de aceptación resignada del mal, sin reacción, ni resistencia a toda expresión del mal.⁷⁰

La postura auténticamente cristiana es apostar por el Reino de Dios y su justicia.

En el mundo globalizado en que vivimos, nos damos cuenta que el mal de la injusticia está directamente relacionado con la

⁶⁷ Cfr. *Ibidem.*, p. 285.

⁶⁸ Cfr. *Ibidem.*, pp. 269-270.

⁶⁹ José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo, I - Z*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1992, pp. 497-498.

⁷⁰ Cfr. José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo, K - P*, Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 2001, p. 2,260.

idolatría de la riqueza. Más riqueza se genera, más pobreza se reparte y se comparte, pues aquella se concentra en pocas manos.

Jon Sobrino reflexiona en estos términos:

La parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro sigue funcionando como la parábola de nuestro mundo – la acumulación de la riqueza que exige el neo-liberalismo y el rebalse que promete. En la parábola no habla Jesús de “robo”, pero en otro lugar dice que toda riqueza es injusta (Lc 16,9). Y cuando Jesús pone el ejemplo de un ídolo que se opone a Dios nombra a Mammón, el dinero, la riqueza (Mt 6,24; Lc 16,13). Puede discutirse si la riqueza funciona aquí sólo como un ejemplo de ídolo o como el primero de ellos. Pero sea cual fuera la existencia de otros ídolos, “el hecho de que Jesús, al querer concretar un posible rival de Dios, haga referencia a Mammón, demuestra que este tema era capital para él y que considera a la riqueza como el peligro más grande a la hora de servir a Dios.”⁷¹

La civilización del capital engendra pobreza, exclusión, víctimas y muchos males en cascada.

El reino de Dios engendra esperanza allí donde nace el compromiso para hacer posible los signos de su presencia. Estos signos son visibles, reales y palpables en la historia de nuestra gente, en la historia de nuestros pueblos.

Recapitemos lo que hemos dicho en esta reflexión. Hemos abordado el problema del mal confrontándolo con la realidad de Dios desde una perspectiva dialéctica, teniendo como punto de vista privilegiado la pasión y la cruz de Jesús. En el gozne del conflicto entre Dios y el mal, es decir, entre el proyecto de amor, de fraternidad y de justicia del Reino en confrontación dialéctica y dúelica con el proyecto del mal, de la falta de amor, la falta de solidaridad e injusticia del antirreino, emerge una paradoja que nos puede llevar al convencimiento y el autoengaño de que el mal del mundo triunfa sobre el bien. Obviamente, cuanto hay más dolor, más sufrimiento y más víctimas, hay una mayor densidad de la revelación, de la encarnación de Dios, y de la identificación de Jesucristo con las víctimas de la humanidad y de la historia.

⁷¹ Jon Sobrino, “El mal y la esperanza. Reflexión desde las víctimas”, en Revista ECA, UCA, San Salvador, El Salvador, 565-566, *Op. cit.*, p. 1086.

Cuanto más se destaca el triunfo del mal y el reino de las tinieblas, aparecen desde la penumbra del drama y las tragedias los atisbos de la luz que resplandecerá plenamente en la resurrección de Jesús, presagio del triunfo de las víctimas en la historia. La manera silenciosa de la acción de Dios desde la cruz y los crucificados es la respuesta radical ante la absoluta pretensión del bien, asumiendo la realidad sin respuestas fáciles, mágicas, irrealistas frente al problema del mal.

El evangelio nos enseña que Jesús comienza el reino de Dios de manera discreta, silenciosa, poco a poco se va produciendo una ola inmensa de multitudes que le siguen. Jesús hace signos, acciones que van haciendo sentir que lo nuevo ya ha comenzado, pero que aún hace falta su plena consumación. Así el bien se va expandiendo en la historia pero sin expulsar de manera definitiva el mal, el pecado del mundo, esto ocurrirá al final de la historia. No obstante, el mundo a pesar del mal físico y moral, está habitado por la gracia de Dios, por su gran proyecto del reino.

Los males físicos o naturales, así como los males morales, dicho brevemente, el mal del mundo engendra víctimas, violencia y muerte. Las víctimas están representadas análogamente en dos figuras de la historia de la salvación: Job que nos muestra el rostro del justo sufriente de la Antigua Alianza; y Jesús de Nazaret, quien es el justo sufriente de la Nueva y definitiva Alianza.

El justo sufriente de la nueva alianza empieza el reino de Dios en la historia y se realizará plenamente en la escatología. Los signos del Reino nos muestran cómo el mal es vencido en el presente, a pesar de la fuerza de imposición que éste pueda tener en la historia, aunque será al final cuando prevalezca Dios en todo y en todos.

El comienzo del Reino empuja a Jesús al Gólgota, a la pasión y a la muerte, convirtiéndolo en el justo crucificado que es también el justo resucitado; principio de la nueva humanidad, real manifestación del triunfo definitivo del bien sobre el mal.

El mal como *mysterium iniquitatis* no podemos explicarlo y resolverlo definitivamente, pero sí podemos expresar que éste se concreta en las relaciones interpersonales, sociales y en las estructuras o instituciones públicas. Apuntarse a una respuesta audaz al problema del mal desde la fe cristiana es apropiarse de la buena noticia del Reino y la praxis que éste exige o desencadena.

Una cosa que es importante destacar es la acción del desenmascaramiento de las realidades del mal y el pecado del mundo para poder asumirlo. También para liberarnos de estas realidades que nos esclavizan necesitamos el amor de Dios, su gratuidad y misericordia, que él nos regala.

El mal no es una realidad que se queda en el interior y el corazón humano, sino que se objetiva, se estructura y se historiza. Identificar esta realidad es uno de los grandes aportes del magisterio de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas y del Caribe en los documentos de Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida. Cada una de estas conferencias desenmascara proféticamente el mal y el pecado institucionalizado en la historia de nuestros pueblos en el hemisferio occidental. En definitiva, la civilización del capital teje en sus propias tendencias de la acumulación y la exclusión estas redes y cadenas del pecado estructural o institucionalizado, la violencia social y las estructuras de muerte.

La buena noticia es que el mal no tiene la última palabra. Hay reino de Dios a pesar del antirreino, hay gracia a pesar del mal y el pecado, y hay esperanza que nace del Dios crucificado que nos acompaña en la historia y nos sigue animando para hacer posible la civilización de la austeridad compartida, del trabajo y de la solidaridad. Desde la cruz florecen las grandes opciones, así como los grandes proyectos que se convierten en las plataformas para que la vida sea posible para tantas personas, comunidades y pueblos, víctimas del mal. Esta gran noticia se convierte en la gran fortaleza para seguir creciendo en el mayor amor y el mayor compromiso por el Reino, los pobres, las víctimas, la humanidad...